

# La agresión de Putin en Ucrania

**La guerra** desencadenada por Putin contra Ucrania es una catástrofe desde muchos puntos de vista: en primer lugar, para Ucrania y su población como principales víctimas de la agresión; también para Rusia, un país que está pagando un duro coste por la ambición imperial de su líder; también para Europa, que no deja de ser un objetivo mediano, pero destacado, de la guerra; y, por último, para el mundo entero, por las repercusiones que la guerra está causando y porque se ve gravemente comprometido el orden internacional.

La llamada "operación militar especial" —eufemismo para designar una descarnada guerra de agresión— tenía varios objetivos para su principal responsable: someter a Ucrania —un Estado miembro fundador de las Naciones Unidas en 1945— a la férula de Moscú, privándola de cualquier veleidad de auténtica soberanía e independencia; servir de advertencia a otros países del entorno de Rusia —desde Georgia y Moldova hasta Finlandia y las repúblicas bálticas— de que les podía esperar un destino similar si no se atenían a los dictados moscovitas; dividir y separar y en definitiva debilitar y neutralizar a la Unión Europea y sus Estados miembros; y alejar a Estados Unidos de Europa, fracturando y emasculando a la Alianza Atlántica.

Si todo ello se combina con las medidas tomadas en el interior de Rusia —mayor centralización y autocracia, liquidación de cualquier oposición política o social, estrictos controles sobre los medios de comunicación, acompañados de campañas de desinformación, llamamientos a la "purificación" de la sociedad rusa, etc.— cabe concluir que Rusia conoce un proceso de regresión acelerada que la guerra no hace sino acentuar. Putin aspira a la conformación de una Rusia imperial que combine aspectos del imperio de los Zares y de la U. R. S. S. durante el dominio de Stalin. Es un proyecto marcado por el resentimiento y el victimismo histórico, con el revanchismo y el expansionismo como

banderas bajo el manto de una pretendida ideología del "eurasianismo", ligada a las facetas más reaccionarias de la tradición ruso-ortodoxa.

Con la ofensiva militar contra Ucrania, Putin recurrió a tópicos deformados de raíz historicista y etnicista, invocando una pretendida legítima defensa frente a unas amenazas inexistentes —salvo la que podría suponer para su régimen autoritario la mera existencia de sistemas democráticos y abiertos en Ucrania y otros países vecinos— y reclamando una especie de "espacio propio" para Rusia y el "mundo ruso", del que Ucrania habría de formar parte por encima de la voluntad de sus ciudadanos. Inevitablemente, un discurso y una praxis de esa naturaleza remiten a los irredentismos de los

*Ni Europa ni Occidente pueden aceptar que Putin quede impune y se acabe saliendo con la suya en Ucrania.*

regímenes autoritarios, militaristas e imperialistas de la primera mitad del siglo XX, que fueron de agresión en agresión hasta sumir al mundo en una contienda planetaria, que tan funesta resultó a la postre para sus respectivos países.

Putin, al emprender su aventura en Ucrania, no contaba con la heroica resistencia a ultranza mostrada por el ejército y la población ucranianos, con el presidente Zelensky a su cabeza; ni con la firme y unida reacción de Estados Unidos, la Unión Europea, el resto de la OTAN y otros países; ni tampoco con las deficientes prestaciones de las fuerzas armadas rusas tras varias semanas de hostilidades. Evidentemente, aún es pronto para ofrecer un balance definitivo de este conflicto, pero ya parece claro que la invasión de Rusia en Ucrania no ha conseguido alcanzar los objetivos

buscados por Putin y que incluso ha surtido efectos contrarios a los que pretendía, por la fuerte respuesta que ha generado. Por el momento, el conflicto parece enquistarse en una situación de estancamiento, con ataques y contraataques por ambas partes y el recurso por parte rusa a bombardeos indiscriminados de zonas urbanas, con terribles destrucciones y pérdidas de vidas, especialmente entre la población. Los nombres de Mariúpol y Bucha, Kramatorsk y Borodyanka se están uniendo a los de otras ciudades mártires a lo largo de la historia.

La firme respuesta de la comunidad internacional al privar de cualquier tipo de supuesta legitimidad a la invasión rusa en territorio ucraniano, como muestran las resoluciones adoptadas o las acciones emprendidas, mediante amplias mayorías, por la Asamblea General y el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la Corte Internacional de Justicia, la Corte Penal Internacional y, en el plano europeo, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y el propio Consejo de Europa, que ha expulsado a Rusia de la organización paneuropea por su agresión contra Ucrania. Las investigaciones de múltiples y graves violaciones de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario están ya en marcha y sin duda van a producir encausamientos judiciales internacionales.

Yendo más allá, tanto la Unión Europea como Estados Unidos, junto con otros miembros de la OTAN, están apoyando a Ucrania con el envío de ayuda humanitaria e incluso con armamento y asesoramiento político, económico, comercial o financiero para penalizar a Rusia por su brutal conducta contra la paz y la seguridad de Europa y del mundo. Los efectos de esas sanciones ya se están notando en la economía y la sociedad rusas, si bien no cabe pensar que por sí solos vayan a hacer cambiar de política a Putin. A medida que van apareciendo nuevas informaciones sobre los horrores de la guerra en Ucrania, muy comprensiblemente crece la indignación de la opinión pública internacional y las demandas de que se refuerce el aislamiento de Rusia hasta que cesen sus acciones militares en Ucrania.

A las muertes y las destrucciones de todo tipo se agrega la huida de las poblaciones civiles de las zonas en conflicto. Los organismos internacionales

calculan que más de una cuarta parte de la población se ha visto forzada a abandonar sus hogares; de ellos, unos cuatro millones se han refugiado en países vecinos y al menos siete millones se han convertido en desplazados dentro de Ucrania. Todo ello ha generado el más rápido y numeroso desplazamiento de poblaciones en Europa desde la Segunda Guerra Mundial y, consiguientemente, una crisis humanitaria de grandes dimensiones que requiere una apropiada respuesta solidaria de los países europeos y del resto del mundo.

Tanto la guerra en sí, con todo lo que implica de destrucciones y de graves alteraciones de los flujos económicos, como la respuesta dada por Occidente en forma de severas contramedidas frente a Rusia, están teniendo un fuerte impacto en las condiciones económicas y sociales: en primer lugar, en Ucrania y Rusia y en los demás países vecinos; a continuación, en el conjunto del continente europeo y en el área del Mediterráneo y Oriente Medio, y al final en el mundo entero. Se están viendo afectados sectores importantes como el energético y el alimentario —en los que Rusia y Ucrania son importantes fuentes de materias primas—, con las consiguientes repercusiones en el resto de la economía, principalmente en términos de inflación; lo que no dejará de tener efectos negativos sobre el nivel de vida de las clases más necesitadas salvo que se tomen las medidas adecuadas por la Unión Europea y sus Estados miembros y, de forma más general, por los organismos económicos internacionales.

Es pronto aún para sacar todas las conclusiones de una crisis tan grave como la generada por Putin de una manera brutal. Lo que cabe decir por el momento es que los ucranianos se están ganando a pulso su libertad, soberanía e independencia como nación, afirmando su vocación europea; que Europa ha sabido estar al lado de la víctima principal, que es Ucrania, que debe de tener su lugar en Europa; que ello ha permitido a la Unión Europea dar pasos importantes para el reforzamiento de su unidad política y defensiva; que ni Europa ni Occidente pueden aceptar que Putin acabe saliéndose con la suya, y que Ucrania es ahora mismo el valladar donde se juega la seguridad del continente europeo para toda una generación al menos. **TEMAS**